

MAURICIO SWADESH  
(1909-1967)

Por Leonardo MANRIQUE

El 20 de julio de 1967 murió Mauricio Swadesh cuando estaba dedicado de lleno a la investigación, y no es ésta una mera frase, pues el ataque al corazón que cortó su fecunda vida de lingüista lo sorprendió ante su mesa de trabajo, en casa, mesa que siempre se encontraba cubierta de papeles, listas de palabras, libros, anotaciones, borradores de artículos, plumas, lápices, siempre prestos de día y de noche, ya que no era raro que a la hora en que todos reclamamos el descanso él continuara trabajando, o que se levantara de la cama a poner por escrito alguna de sus ideas geniales o a corroborar una nueva hipótesis que había formulado.

No puede hablarse de algún aspecto de la obra de un hombre sin referirse a toda su obra y al hombre mismo; sin embargo, ante la injusticia que cometería de todas formas al tratar de analizar en espacio relativamente reducido, el aporte de Swadesh a la lingüística en general y a la antropología, prefiero hacerlo al menos con cierta justificación: procuraré mostrar su aporte a la mayística y reflejar en éste, aunque de manera pálida, su genio lingüístico y su personalidad.

Nació Mauricio (como él prefería que lo llamáramos) el 22 de enero de 1909 en Holyoke, Massachusetts, más o menos a medio camino entre Boston y Nueva York. Discípulo de Sapir en la Universidad de Chicago, donde obtuvo su maestría, lo acompañó a Yale y ahí, en 1933, recibió el doctorado. Tras algunos años en instituciones de enseñanza de los Estados Unidos pasó a México y en este país empleó tres años enseñando su ciencia, despertando vocaciones y aplicándose al trabajo de alfabetización en lengua indígena dentro del Proyecto Tarasco. Al servicio del ejército de su país, de 1942 a 1946, preparó materiales para la enseñanza de lenguas y dio cursos de español, chino, birmano y ruso.

Al dejar el ejército retornó al trabajo académico investigando y enseñando en varias instituciones estadounidenses y en 1956 ingresó, como investigador de tiempo completo, al Instituto de Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México. Al mismo tiempo dictó varios de

profundo, pero totalmente vago, descubrió o inventó la glotocronología lexicoestadística, único medio disponible (a pesar de pequeñas imperfecciones que él mismo reconocía y estaba deseoso de mejorar), de construir un marco temporal en el cual encajaron los otros conocimientos de la lingüística histórica.

Pero armado de tales medios no se conformó con la superficie, sino que se lanzó a elaborar una rama nueva de su ciencia: la prehistoria lingüística. Ante sus aportes más recientes sobre el origen y desarrollo del lenguaje y sobre estados muy antiguos de las lenguas, la lingüística indoeuropea, con toda la profundidad que ha alcanzado, parece una penetración tímida en el pasado de los idiomas. Así ha reconocido parentescos, y elaborado en varios casos una fonología coherente, entre grupos lingüísticos cuyas relaciones nadie sospechaba y que, tal vez por inercia o porque los materiales que Mauricio elaboraba no fueron publicados completos, muchos se niegan a reconocer. El establecimiento de una red lingüística mundial, no suficientemente documentada todavía y sujeta indudablemente a revisión en sus detalles, es la consecuencia lógica última de la lingüística prehistórica de Swadesh.

Queden sin mencionar otras muchas contribuciones valiosas de Mauricio. Baste decir que para él el conocimiento de la historia y de la prehistoria de las lenguas permitía una mejor comprensión de los fenómenos presentes ahora en ellas y viceversa, que para poder establecer firmemente la historia de un grupo de idiomas volvía con frecuencia al estudio de sus manifestaciones actuales, trabajando en el campo para recoger datos nuevos, si era necesario.

Podemos ver ahora con más claridad su aportación a los estudios mayistas, aunque Swadesh poco hizo, relativamente, en este campo; sus miras eran mucho más amplias.

En sus primeros intentos de agrupar en unidades mayores las numerosas familias y lenguas aisladas de sus predecesores, Mauricio encontró que podía formarse un grupo penutiano en el que estaba incluido el maya. La relación no era directa entre el maya y las lenguas emparentadas del Occidente de los Estados Unidos, pero había suficientes semejanzas y una serie de lenguas intermedias que justificaban la inclusión del maya en un grupo penutiano (véase "Problems of Long-Range Comparison in Penutian" *Language* vol. 32, pp. 17-41, 1956).

Cuando Swadesh reconoció la relación del maya con el penutiano todavía pesaban mucho sobre él las enseñanzas de su maestro Sapir. Pero Mauricio estaba siempre atento a lo que nuevos materiales o un conocimiento más detallado de aquellos de los que disponía pudieran influir en sus conclusiones primeras, de modo que más adelante (y sin

los cursos de lingüística en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, carrera a la que dio nueva vida con su visión profunda y a la vez amplia de la ciencia del lenguaje. Puede decirse que aquí formó escuela como no lo hizo en otra parte, pues sus discípulos de Estados Unidos tuvieron sus enseñanzas (en el aula y fuera de ella) por menos tiempo continuado de quienes hemos tenido la fortuna de tenerlo como maestro en México; sus frecuentes viajes para impartir cursillos y conferencias en otras universidades de México y de Latinoamérica y, más recientemente, en África Occidental, Canadá y Estados Unidos, han reunido a muchas personas interesadas desde antes en oírlo y en discutir con él sus problemas, gracias a la lectura de sus numerosos artículos acerca de la prehistoria lingüística, que debe su existencia a Mauricio, pero no han podido verlo desarrollar técnicas e ideas nuevas como nosotros. Por otra parte, antes de la instalación definitiva de Swadesh en México, había lingüistas mexicanos, pero no formaban una escuela con características peculiares, como las que Mauricio supo imprimir a su obra y a la de sus discípulos.

Es imposible caracterizar en pocas líneas el sello distintivo de la lingüística de Swadesh, pero pueden señalarse algunos de sus rasgos más salientes; es claro que el énfasis de su interés sufrió los cambios normales en todo investigador científico; no obstante, algunos parecen siempre presentes: el conocimiento de las lenguas indígenas fue casi una obsesión desde sus días de estudiante, aunque por razones de currículum estudiantil se iniciara con el estudio del francés y el alemán. Su inclinación por las lenguas indígenas produjo un interés especial en la coherencia de las descripciones lingüísticas, es decir, en varios aspectos teóricos sobre el carácter sistemático de las lenguas, así como en medios de análisis rápido, que permitieran disponer a corto plazo de datos para el trabajo y que evitaran también la pérdida irreparable de la falta de registro de idiomas que están desapareciendo.

El otro gran interés de Mauricio surgió también de su trabajo con lenguas indígenas y las ideas y técnicas que desarrolló tuvieron, igualmente, mayor desarrollo en el campo de las lenguas aborígenes americanas. La gran diversidad de éstas y las relaciones entre ellas que un conocimiento profundo de las mismas permitía intuir, hicieron que Swadesh se preocupara por establecer firmemente las bases para un estudio histórico de lenguas cuyo registro no se remontaba, en el mejor de los casos (si exceptuamos al maya) a más de cuatro siglos. A decir verdad, la lingüística comparada y las técnicas de reconstrucción no eran una novedad, pero Mauricio tuvo el mérito de aplicar estos conocimientos a las lenguas indígenas y de buscar técnicas que le permitieran penetrar cada vez más atrás en el tiempo, y ante un tiempo que era cada vez más

que entremos en detalles sobre el proceso que lo llevó a tales conclusiones), al revisar una y otra vez las clasificaciones que había hecho, escindió el penutiano y asignó una parte de él a una red más vasta, el macro-joca, y la otra a una red similar a la que llamó macro-maya; para dar idea de la amplitud de concepción de Mauricio deberemos decir que la red lingüística macro-maya comprendía en ese entonces 16 familias lingüísticas, algunas de las cuales son consideradas todavía ahora como un solo grupo e independientes del maya propiamente dicho, mostrando con ello que muchos lingüistas han desoído los sabios consejos de Swadesh respecto a diferenciar agrupaciones de distinta profundidad temporal (cf. *La lingüística como instrumento de la prehistoria*, INAH, 1960), o que desconocen los beneficios de la glotocronología. Esta nueva posición del maya puede verse en "Afinidades de las Lenguas Amerindias", *Actas del 34º Congreso Internacional de Americanistas*.

Deseoso siempre de obtener materiales más precisos para sus trabajos de gran envergadura, Swadesh estudió varias veces diversos grupos lingüísticos de menor profundidad, y en no pocas ocasiones volvió sobre ellos pertrechado con los conocimientos nuevos adquiridos de sus estudios semejantes en otros grupos o del estudio más amplio de grupos mayores. Así publicó en 1961, en los *Anales* del Instituto Nacional de Antropología e Historia el artículo "Interrelaciones de las lenguas mayas". No presenta aquí, como lo hace en otros sitios, una teoría fonológica detallada (aunque hace referencia al artículo "Problems of Long-Range comparison in Penutian", sus conceptos al respecto se habían afinado), pero en cambio nos ofrece los materiales de los que extrajo sus conclusiones y nos da las primicias del uso de las computadoras y de claves fonológicas para la búsqueda de cognadas, dos aportes de gran importancia que en esta ocasión aparecen relegados a una nota de pie de página.

En el mismo año publicó "Algunos reflejos lingüísticos de la prehistoria en Chiapas", trabajo que fue presentado a la reunión de Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología que tuvo como tema a los mayas del sur y sus relaciones con los nahuas meridionales.

Poco a poco siguió elaborando la fonología de las lenguas mayances, aunque no publicó nada al respecto. Hizo lo mismo con el macro-quechua, red lingüística de la cual forma parte el tarasco, y con la ventaja que le proporcionaba su gran conocimiento de este idioma reconoció la posibilidad de que hubiera entre ambas redes contactos más cercanos de lo que él mismo sospechara. Así se dedicó a la búsqueda de correspondencias y elaboró una fonología nueva para ambos grupos, y publicó sus resultados en el artículo "Porhé y maya", en los *Anales de*

*Antropología* (vol. III) de la Sección de Antropología de la Universidad. Quedaron de esta manera ligadas en un continuum de la misma profundidad temporal ambas redes, y además la red macro-joca; no alcanzó Mauricio a hacer del conocimiento general las pruebas que tenía de tales relaciones (salvo el artículo citado), y sabemos de las conclusiones a que llegó por habérselo comunicado él mismo y por el mapa que figura en la página 317 de su segundo libro general sobre lingüística: *El lenguaje y la vida humana* (FCE, México, 1966).

Debemos, pues, a Swadesh una imagen de las relaciones internas de las lenguas mayas y de su inclusión en grupos cada vez mayores, así como versiones sobre su fonología y sobre otros rasgos. Tal vez haya que ajustar algunos detalles como él lo hubiera hecho a su debido tiempo si viviera; ahora tenemos que hacerlo sus discípulos y sus colegas, sin contar con su guía siempre certera y amable.

Otro aspecto de la mayística en el que Mauricio tomó gran interés fue el del descifre de su escritura. En 1963 se reunieron en México lingüistas de muchos países de América y de Francia e Inglaterra, para participar en un seminario sobre el empleo de las computadoras electrónicas en la investigación lingüística. No podía estar ausente Swadesh, el propulsor de cuantos medios imaginables (o inimaginables) pudiera haber para hacer más expedita la labor de investigación, y él, junto con otros, decidimos formar la Comisión para el Estudio de la Escritura Maya, grupo interinstitucional que debería procurar el descifre de la escritura maya por todos los medios posibles y con el auxilio de las máquinas de computación. Por su conocimiento de las máquinas, de las lenguas en general y de la lingüística maya en particular, Mauricio era el conductor natural del grupo y como tal fue elegido su primer coordinador.

Sabía él que esta clase de trabajo lo distraería de sus investigaciones sobre la prehistoria lingüística, pero no mostró el menor desánimo, antes por el contrario, distribuyó (de común acuerdo con los otros participantes que quedaron en México), las tareas, y alentó a todos con sus consejos y siempre oportunas observaciones. Sin embargo, procuró al mismo tiempo que otras personas nos responsabilizáramos de las tareas de coordinación, de manera que sin dejar de aconsejarnos cuantas veces se lo pedimos y en ocasiones espontáneamente, pudiera dejar la carga en otras manos, primero para aprovechar el año sabático, al que tenía derecho, en una prolongada visita al África y en escudriñar bibliotecas y establecer nuevos contactos en Europa y en América, y luego para dedicarse más plenamente a los problemas que más le interesaban.

Creo imposible señalar todos los puntos de la investigación en los que la opinión de Mauricio tuvo fuerza decisiva, y no por su autoridad

de maestro —él nunca la impuso—, sino porque su agudeza para resolver los problemas se imponía como tal al final de una discusión. Me conformaré con señalar algunas de las ideas más sobresalientes.

En primer lugar, sabiendo que todos los catálogos de glifos existentes discrepaban en varios puntos, propuso que creáramos uno nuevo, pero con su habilidad didáctica sugirió el ordenamiento de los elementos de acuerdo con sus características plásticas, de modo que fuera más fácil recordarlos. Aunque Mauricio no elaboró el catálogo, participó con todos en las discusiones y contribuyó a darle forma (véase “Nueva clasificación ‘plástica’ de los glifos mayas”, en el volumen v de *Estudios de cultura maya*). Ideó también la base de la codificación “geográfica” y contribuyó a elaborarla en la forma como aparece en el mismo volumen.

Impaciente ante los problemas que surgían para que se elaborara un programa de computación que hiciera la concordancia de los materiales de que disponíamos, no mostró disgusto —esto era ajeno a su carácter siempre afable— pero organizó un cursillo de programación al que nos hizo asistir y luego él mismo, con un poco de ayuda que me solicitó, hizo el programa. Las concordancias resultantes nos fueron muy útiles, pero adolecían de algunos defectos, como es natural; discutiéndolos y discutiendo también las perspectivas que abría para la investigación el poder disponer de concordancias, estuvimos en una ocasión en el aeropuerto desde temprano, pero Mauricio se enfrascó tanto en los problemas que, pese a las indicaciones de Evangelina, su esposa, y mías, fue retrasando su salida hasta el momento en que, cuando quiso abordar el avión, éste despegaba ya.

Inició otra vía de ataque para el descifre de la escritura maya con la elaboración del diccionario compacto del maya colonial, diccionario paralelo a otros que sobre el náhuatl, el mixteco, el tarasco y otras lenguas inició. También en esta tarea procuró delegar el trabajo en otras personas, reservándose la dirección del mismo. Pronto estará terminado y sólo lamentamos no contar con su guía y que él no pueda verlo ya. Impulsó, del mismo modo, a Carlos Robles para que elaborara un diccionario similar del idioma tzeltal.

Su última contribución a los empeños comunes por descifrar la escritura maya aparece en este volumen. Podría haber sido la primera, pues aquí, apoyado en su gran conocimiento de las lenguas y de problemas lingüísticos, en su conocimiento de grafías ajenas a aquella lineal a la que estamos acostumbrados (pienso especialmente en el chino), y en su capacidad para captar los problemas e idear soluciones, nos ofrece “Algunas consideraciones generales sobre la escritura maya”. No ha

hecho, pues, sino poner por escrito y con mucha menos amplitud de la que tuvimos oportunidad de escucharle, las guías que como coordinador de la Comisión para el Estudio de la Escritura Maya y luego como consejero de la misma ofreció a todos nosotros.

Lamentamos profundamente la desaparición de Mauricio Swadesh, maestro y amigo, hombre sencillo, accesible y sabio destacado pero siempre dispuesto a responder con todo cuidado y atención a las preguntas del más bisoño de los estudiantes o del más inocente de los niños, pues si se trataba de responder preguntas, el tiempo, que siempre era corto para él, dejaba de correr. Pero nos queda el consuelo de que supo formar escuela y de que sus discípulos sabremos honrar su memoria continuando, en la medida de nuestras posibilidades, su obra.



MAURICIO SWADESH

(Dibujo de Alberto Beltrán)